

03/2016

05 de enero de 2016

Ruth Ferrero Turrión*

SEGURIDAD Y DERECHOS HUMANOS,
LA CRISIS DE REFUGIADOS COMO
CRISIS DE VALORES DE LA UE

SEGURIDAD Y DERECHOS HUMANOS, LA CRISIS DE REFUGIADOS COMO CRISIS DE VALORES DE LA UE

Resumen:

La crisis de refugiados en la que se encuentra Europa ha provocado que volvamos a reflexionar sobre los objetivos que persigue la UE y si estos son los mismos sobre los que se fundó allá por los años 50 en un momento de reconstrucción política, económica y social. Su principal acierto en aquel momento, convencer a Estados tradicionalmente enfrentados para construir un continente en el que imperara la paz, la defensa de los derechos humanos y el desarrollo económico. La cuestión medio siglo más tarde es si todavía todos los Estados miembros defienden esos mismos principios u otros. La crisis de refugiados, por tanto, está haciendo repensar el modelo institucional y político sobre el que Europa se ha estado construyendo a lo largo de estos años. ¿Sigue vigente el sistema de valores original? Y si es así, ¿estamos dispuestos a defenderlo? Conceptos como seguridad y derechos humanos se encuentran enfrentados en este momento, cuando deberían ser complementarios.

Abstract:

The refugee crisis has led Europe to reflect on the objectives of the EU and if these are the same on which it was founded back in the 50s at a time of political, economic and social reconstruction. Its main success at that time was to convince states traditionally confronted to build a continent over peace, human rights and economic development principles. Half a century later the question is whether all Member States still defend the same principles or others. The refugee crisis, therefore, has provoked to rethink the institutional and political model on which Europe has been built up over the years. Does the actual system still defends its original values? And if so, are we ready to defend them? Concepts such as Security and Human Rights instead of being complementary are confronted.

Palabras clave:

Crisis de refugiados, seguridad, derechos humanos, Unión Europea.

Keywords:

Refugee crisis, Security, Human Rights, European Union.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

A lo largo de 2015 hemos presenciado cómo hombres, mujeres y niños intentan alcanzar su sueño europeo huyendo del horror de la guerra. Sin embargo, no siempre consiguen su objetivo. Aunque el conflicto en Siria comenzó hace ya cinco años, sin embargo, sus efectos en forma de sensibilización y movilización ciudadana no se han sentido hasta este año. Ni ciudadanía, ni clase política reaccionaron hasta que Aylan apareció ahogado en la costa turca y un camión nos enseñó el horror de los traficantes de personas en Centro Europa. Las sociedades europeas parecían anestesiadas ante el drama que estaba teniendo lugar en Siria, Libia, Afganistán, Eritrea o Iraq, entre otros. A pesar de los sucesivos naufragios y los cientos de miles de muertos en el Mediterráneo, las respuestas desde Europa fueron tibias, escasas y tardías. Incluso cuando ya el drama se encontraba en la misma frontera, en los Balcanes, el Viejo Continente daba la espalda a aquellos que buscaban su ayuda. Sería la foto de un pequeño en la playa lo que comenzaría a hacer reaccionar las conciencias de las acomodadas sociedades europeas, primero, ayuntamientos después. Y mientras, las instituciones y gobernantes europeos discuten y no se ponen de acuerdo sobre lo que hacer.

Parece que es precisamente la crisis de refugiados el mayor reto al que se enfrenta la UE tal y como afirmó la canciller Merkel. Y no le falta razón. El resto de temas que se encontraban encima de la mesa Ucrania, Grecia, euro, entre otros, han quedado oscurecidos ante las dimensiones del drama humano que presenciamos en estos días. Efectivamente, esta crisis ha provocado un terremoto institucional y político que ha puesto en cuestión toda la arquitectura institucional construida después de la Segunda Guerra Mundial. Una arquitectura y proyecto ya muy debilitado tras Lisboa, la crisis de la Eurozona, la crisis griega y la ucraniana.

Desde enero a octubre de 2015 760.000 personas han llegado a Europa procedentes de Siria, Iraq o Afganistán, entre otros, según estimaciones de ACNUR. Se calcula que el número de llegadas diarias es de unas 5.000 personas y se esperan a más de 600.000 entre noviembre y febrero de 2016. Sin embargo, este incremento de las llegadas de desplazados a lo largo de todo el año 2015 lejos de provocar la puesta en marcha de una política integral que afrontara tanto la logística correspondiente a las llegadas como la actuación en el origen de las causas del problema, se ha limitado a reforzar tan solo aquellas políticas migratorias orientadas al control de fronteras. El mayor esfuerzo se ha concentrado en la cara securitaria de la política migratoria. De hecho, la mayor parte de los fondos que llegan a los Estados miembros que son frontera exterior se han destinado a la construcción de muros y vallas, como en el caso de Hungría.

La crisis de refugiados ha puesto sobre la mesa los grandes retos a los que se enfrenta esta UE, el principal de todos ellos es el de responder a las preguntas ¿hacia dónde?, ¿cómo? y,

sobre todo, ¿sobre qué valores? Si la respuesta es hacia más Europa, hacia una Europa más política, más integrada, entonces habrá que empezar a tomar decisiones en cuestiones tales como política exterior común, política de inmigración y asilo común, política fiscal, etc. En esta nueva reflexión, por tanto, se deberán plantear cuáles son los objetivos comunes de la Unión y cuáles deben ser sus límites. Los líderes comunitarios deberían también preguntarse sobre los valores que debe defender una Europa más unida, así como definir las nuevas amenazas del siglo XXI y cómo enfrentarse a ellas.

Esta situación está provocando que uno de los principales pilares sobre los que se ha sostenido la Unión, el espacio de seguridad, libertad y justicia, el conocido como espacio Schengen, está de facto en estado de coma. También nos encontramos ante la muerte del sistema de Dublín que se ha demostrado absolutamente ineficaz. Y por último, pero fundamental, el fracaso de la política exterior europea y la verificación de la errática política de vecindad, herida de gravedad como consecuencia de la crisis en Ucrania en el este y finalmente difunta en la frontera sur con la crisis de refugiados y la ineficacia de las gestiones para solventar los conflictos en Libia y Siria.

¿CÓMO HEMOS LLEGADO A ESTA SITUACIÓN?

Empecemos por el principio. Lo primero que es necesario constatar es cómo Europa lleva mirando hacia otro lado desde el comienzo de la crisis en Siria en 2011. Solo se activó el artículo 78 (3) del Tratado de la Unión sobre situaciones de emergencia en mayo de este mismo año y que reza «si uno o varios Estados miembros se enfrentan a una situación de emergencia (...)». Antes de eso, se desmontó la misión Mare Nostrum de salvamento y persecución de traficantes impulsada por el gobierno de Enrico Letta que contaba con un presupuesto de 9 millones de euros al mes y que estuvo operativa entre octubre de 2013 y noviembre de 2014. Los resultados: 588 operaciones, 100.250 personas rescatadas, 728 traficantes detenidos. En noviembre de 2014 comienza la Operación Tritón, financiada por la UE con 2,9 millones de euros al mes, solo dedicada al control estricto de la frontera y operada por el FRONTEX. El salvamento quedaba al margen de la cuestión. Es a partir de ese momento cuando comienzan los grandes naufragios en el Mediterráneo.

Y mientras esto sucedía en Europa, a los campos de refugiados de los países vecinos a Siria continuaba llegando gente. Y ACNUR seguía alertando de la precaria situación de esas personas y de la ausencia de fondos suficientes para atenderlos de manera adecuada. A lo anterior se unían otros factores que no podemos dejar pasar por alto. La geopolítica regional ha jugado un papel esencial. De un lado, la situación en Turquía, que tenía por delante meses preelectorales marcados por una gran inestabilidad política. Las elecciones finalmente han otorgado una clara victoria del AKP de Erdogan, por lo que a priori podríamos estar

hablando a partir de ahora de una mayor estabilidad por ese flanco. De otro, el refuerzo como potencia regional de Irán tras la firma del acuerdo nuclear. Esta situación nos retrotrae al pasado colonial europeo en la región puesto que las alianzas tradicionales se mantienen indemnes: Rusia e Irán aliados del régimen sirio, mientras Jordania y Arabia Saudí se alinean con Estados Unidos. Y todo ello en un contexto de una enorme complejidad geopolítica donde Occidente necesita la colaboración rusa para terminar con el conflicto en Siria, pero está en conflicto abierto con Moscú como consecuencia de la crisis en Ucrania.

A todas luces parece claro que esta situación se debe afrontar como un problema europeo por varios motivos. El primero, por responsabilidad histórica. El segundo, por la situación en la que quedó Iraq tras la intervención occidental. El tercero, por la defensa de los derechos humanos como valor fundamental de la UE. Y, sin embargo, la única respuesta que se obtiene es la del repliegue nacional de los Estados, la revitalización de los movimientos racistas y xenófobos y el desconcierto de la clase política.

LA MUERTE DE DUBLÍN

La respuesta europea ha sido decepcionante. Parecía que la respuesta lógica a la misma era la construcción de una política de inmigración y asilo común, no fundamentada sobre la construcción de más Europa fortaleza, sino de una política en la que sentaran las bases de una gestión de fronteras común, con procedimientos de recepción comunes para todos los Estados miembros. Y todo ello acompañado de la apertura de procedimientos de gestión de las migraciones laborales que evitaran la peligrosidad de las rutas y la irregularidad en territorio europeo.

Si bien la Comisión en primera instancia intentó coordinar discurso y política a través del lanzamiento de la Agenda Europea de Migraciones, los Estados miembros mostraron total ausencia de empatía y solidaridad en el seno del Consejo. Quizás, el punto álgido de esta disputa se representó en el Consejo de Ministros de junio donde el primer ministro italiano y la primera ministra lituana tuvieron un enfrentamiento que se alejaba de la tradicional cortesía imperante en estas reuniones. La propuesta de la distribución obligatoria de plazas de reubicación y reasentamiento de en torno a 40.000 refugiados entre los distintos Estados miembros presentada por la Comisión y defendida por Junker se enfrentaba a la posición de Tusk y los gobiernos. El resultado finalmente fue la prevalencia de la voluntariedad frente al reparto equitativo de las cuotas de refugiados lo que dejó un paisaje desolador.

Así en el Consejo del 20 de julio los Estados establecían el número de plazas que ofertarían para la reubicación y el reasentamiento. La mayoría de los Estados ofreció menos plazas de las que originalmente había propuesto la Comisión. De las 20.000 plazas de reasentamiento

propuestas por la Comisión tan solo se cubrieron 18.415 por parte de los Estados miembros. Llamó entonces la atención que solo se pudiera llegar a las 22.504 plazas gracias al ofrecimiento de Noruega, Suiza, Liechtenstein e Islandia. Sin duda la tacañería de países como España, Hungría o el Reino Unido tuvieron mucho que ver con esta escueta cifra de plazas para refugiados. Sus principales argumentos eran el efecto llamada a los potenciales peticionarios de asilo o la imposibilidad de acoger a las personas que llegaban estableciendo el caldo de cultivo para fomentar aún más un racismo y xenofobia que no han tardado en hacerse oír. Unas semanas más tarde, el cupo de reubicaciones se ha tenido que aumentar en otros 120.000 refugiados. Un total de 160.000 personas con llegada escalonada durante los próximos dos años. Si hasta ahora han llegado en torno a 400.000 y en 2016 se prevé la llegada de otros 450.000, ¿qué pasará con ellos? Con esta actuación lo que ha quedado de manifiesto es la ausencia de voluntad política y empatía por parte del Consejo Europeo. A todas luces es evidente que para la UE, con más de 500 millones de personas, asumir un impacto de las llegadas que representa menos del 1% de su población es más factible que para Líbano con 1,2 millones de refugiados (27%) y 4 millones de personas; Turquía con 2 millones sobre 75, o Jordania con 700.000 y una población de 6 millones. La lectura de estos datos, sin duda, debería hacernos ruborizar.

La fuerza de los acontecimientos ha demostrado cuán equivocados estaban aquellos que abogaron por la militarización de las fronteras, y por la racanería en sus ofertas de plazas. El primero en sentirlo fue el primer ministro Cameron con la crisis de Calais de principios de agosto y sus desafortunadas declaraciones sobre la «plaga» que sobrevuela Europa. Y esto no fue más que el principio. Pronto, y coincidiendo con las negociaciones del tercer rescate, Grecia se vio desbordada en sus capacidades de acogida. Las imágenes que nos han llegado desde Lesbos y Kos ilustran perfectamente el quiebre del régimen migratorio griego y el endeble equilibrio existente en los Balcanes occidentales, eternos candidatos a formar parte de la UE. En estos días, hemos visto escenas que nos evocan a un pasado no tan lejano. Desplazados que se apilan en torno a muros y vallas buscando un hueco por el que colarse en el espacio Schengen, a través de alambres de espino u ocultos en camiones. Nueva desestabilización en los Balcanes, efecto colateral de la crisis de refugiados.

Otro de los problemas que está provocando la crisis de refugiados es la desestabilización de una región ya deprimida económicamente e inestable políticamente, los Balcanes. Efectivamente, si hasta ahora esta situación estaba suponiendo una auténtica conmoción institucional y de valores a varios niveles de la Unión Europea, el hecho cierto es que a Bruselas no le ha quedado más opción que reaccionar en el ámbito tanto de su política de vecindad como de su política de ampliación. Se ha podido ver con la reunión que tuvo lugar entre la canciller Merkel y el primer ministro Erdogan, donde se acordó no solo la concesión de ayudas financieras sino que también se dejó caer la posibilidad de una reapertura de las

negociaciones de adhesión, y más concretamente aquellas correspondientes a los capítulos 17, 23 y 24, aquellos dedicados al euro y las cuestiones relacionadas con temas migratorios.

Y también lo hemos presenciado en la reunión mantenida, a iniciativa del presidente Juncker, entre todos aquellos países afectados por lo que se ha dado en llamar la ruta de los Balcanes. En dicha reunión han participado por vez primera en una aparente igualdad de condiciones Macedonia y Serbia, junto con un grupo reducido de Estados miembros, algunos de ellos antiguos compañeros de viaje en la maltrecha Yugoslavia, Croacia y Eslovenia.

Esta reunión se daba en un clima de alta tensión entre los países balcánicos, fueran o no miembros de la UE. Esta es otra de las consecuencias directas que está teniendo esta crisis, provocar una nueva desestabilización en una región ya de por sí muy castigada no solo por las guerras de los noventa, sino también por la grave situación socioeconómica por la que atraviesa en estos momentos, los Balcanes. Estos países, sin quererlo, se han convertido en los últimos meses en foco de atención de toda Europa debido a la ingente llegada de desplazados procedentes en su mayoría del conflicto de Siria, pero también de Afganistán, Eritrea o Iraq entre otros. Los números de llegadas asustan, 7.000 personas en solo un día a Croacia, o más de 3.000 a Macedonia diariamente, han hecho que desde el mes de agosto el corredor balcánico se haya convertido en un auténtico cuello de botella para los desplazados. Los medios de los que disponen estos países son escasos, y una vez que la estrategia de abrir paso hacia Hungría se vio impedida por el levantamiento de vallas y cierre de frontera ordenado por Orbán, las nuevas rutas de acceso a Europa se desviaron de manera inevitable, primero hacia Croacia, luego Eslovenia. La lucha no tan encubierta por intentar que los refugiados pasaran al siguiente país de la cadena lo que ha provocado ha sido un singular deterioro de las relaciones entre Serbia, Croacia y Eslovenia. Países que durante los últimos veinte años han estado intentando tejer buenas relaciones de vecindad tras las guerras fratricidas que terminaron con Yugoslavia y que ahora de un plumazo se están viniendo abajo como si de un castillo de naipes se hubiera tratado. A lo anterior habría que añadir un factor que no es baladí. Algunos de estos países son candidatos a entrar en la UE, otros ya están dentro, lo que establece de manera automática relaciones de desigualdad en sus posiciones.

Este deterioro diplomático, la presencia masiva de refugiados vagando por calles y plazas, junto con la inestabilidad socioeconómica por la que atraviesan y que se está manifestando a través de un incremento de la movilización social en prácticamente todos los países de la región, desde Bosnia en 2014, Macedonia la pasada primavera, o más recientemente en Montenegro, hace que el riesgo de inestabilidad sea muy alto. A todo ello, debemos también sumar los elevados niveles de migración económica en dirección a Alemania, especialmente

con origen en Kosovo, pero no solo, y que irremediablemente están siendo repatriados en porcentajes cercanos al 90% de las llegadas.

En este momento lo único prioritario para Bruselas es contener los flujos de desplazados en Turquía, Grecia y Balcanes lo más lejos posible de los centros neurálgicos europeos. Pareciera que no se diera cuenta de la bomba de relojería que se encuentra a sus puertas. Con países que continúan esperando que la perspectiva europea se materialice de alguna forma, muy deteriorados económica y socialmente, y en los que definitivamente la acción europea está fracasando de manera estrepitosa. Con dos pseudoprotectorados, Kosovo y Bosnia, en los que el inmovilismo político e institucional está convirtiéndolos, si no lo eran ya, en Estados fallidos. Y con los candidatos oficiales a la integración europea sumidos en profundas crisis sociales causadas por los altos niveles de corrupción de una clase gobernante que ha continuado reproduciendo los caciquismos que llevaron las guerras de los noventa.

Quizás una visión optimista de esta situación es ver efectivamente la crisis de refugiados como una oportunidad para impulsar el proyecto europeo en la región de manera más coherente y comprometida que en el pasado, evitando también cometer los errores de anteriores procesos de ampliación.

EL ESPACIO SCHENGEN EN PELIGRO

Hace meses que llevamos escuchando que uno de los mayores peligros a los que se enfrenta la UE es al final de la zona Schengen. Sin embargo, no ha sido hasta que Alemania ha decidido dar un golpe sobre la mesa cerrando temporalmente sus fronteras y, por tanto, cerrando con ello la libre circulación de personas, cuando han saltado todas las alarmas.

Si para algo está sirviendo esta crisis de refugiados es para redefinir los valores democráticos y de derechos humanos que se perdieron en algún momento en algún despacho de la burocrática Bruselas. Si para algo está sirviendo es para que reaccione una ciudadanía adormilada y apática, insensible a los dramas más allá de sus fronteras. Y si para algo está sirviendo es para descubrir lo que significa en realidad compartir la gestión de la frontera exterior.

¿Están fundados los discursos que potencian el fin de Schengen?

Esta es, sin duda, una de las preguntas que se encuentra en la mente de todos. Esta crisis de refugiados si para algo está sirviendo es para descubrir lo que significa verdaderamente compartir la gestión de una frontera exterior. Se trata, por tanto, de volver a reflexionar

sobre los objetivos comunes de la Unión. Unos objetivos para los que no estaban pensados. La amenaza del terrorismo yihadista, el crecimiento del crimen organizado y ahora también la gestión de la crisis de refugiados.

Ahora el objetivo es ver cómo resolver la cuestión del establecimiento de cuotas equitativas entre los Estados miembros ante este drama, responder de manera adecuada al potencial peligro del terrorismo yihadista y combatir el crimen organizado. Las autoridades europeas están temerosas de que la ruta de los refugiados pueda ser utilizada por el ISIS para introducir elementos terroristas en territorio europeo. Efectivamente, algunos de los discursos más reaccionarios y menos solidarios alertan de este peligro. Probablemente el objetivo de tan falaz silogismo sea el de parar las demandas ciudadanas de mayor solidaridad. Parece a todas luces evidente que en cualquier de los tres supuestos: refugiados, terrorismo y crimen organizado, el problema más que dentro de Schengen se encuentra fuera. Si Europa no es capaz de proyectar estabilidad en su vecindad, con toda probabilidad la importará en su territorio. Al terrorismo yihadista hay que combatirlo en origen, en Siria, Irak o Libia, y no intentando identificar infiltrados entre los refugiados que llegan a la UE. En cuanto a los refugiados, obviamente, es obligación de los Estados ofrecer ayuda humanitaria a las personas desplazadas, pero también actuar en las causas de ese efecto expulsión que suponen los conflictos y las guerras. Por último, el impulso de la cooperación policial a través de agencias como Europol y otros mecanismos de coordinación serán los que ayuden a combatir el crimen organizado. Sin duda, el fin de Schengen no solo no resolvería estos problemas, sino que además también terminaría con la propia Unión.

¿La guerra fría vuelve a Europa?

No en pocas ocasiones hemos sido testigos de la profunda división que existe en el seno del Consejo Europeo en relación con las políticas de inmigración y asilo. Tradicionalmente, los seis países fundadores han abogado por una mayor comunitarización de estas políticas ayudados por los países nórdicos. Un segundo grupo de países, situados en lo que podríamos denominar periferia europea, analizan esta crisis en términos domésticos si bien sus posiciones pueden flexibilizarse en función de una negociación favorable a sus intereses, situaríamos en este grupo a España, Reino Unido y Austria. En último lugar aparecen los nuevos Estados miembros que no consideran esta cuestión de alcance europeo y, por lo tanto, no están dispuestos a renunciar a su principal obsesión en este momento: la política de seguridad y defensa europea en relación con Rusia.

La dura posición de Hungría, Polonia, República Checa, Eslovaquia o Rumanía en relación con la crisis de refugiados ha puesto sobre la mesa algo que desde el 2004 se rumoreaba en voz baja por los pasillos de Bruselas: la profunda división política y de valores existente en Europa desde la incorporación de estos Estados a la UE. Este es sin duda el resultado de unos

procesos de construcción nacional sostenidos sobre concepciones etnoculturales y exclusivistas que son por las que han transitado estos países desde el inicio de sus procesos de cambio político tras el fin del telón de acero. Son precisamente estas concepciones las que hacen aflorar toda suerte de prejuicios xenófobos entre los gobernantes y gobernados en estos países. Recordemos las manifestaciones antirefugiados que han tenido lugar en Polonia o la lamentable actuación del primer ministro Viktor Orban desde que la crisis llamó a sus fronteras. No nos puede extrañar ni sorprender que ahora, cuando más necesarias son las muestras de solidaridad y generosidad entre los Estados miembros, retumben en nuestros oídos discursos que parecen extraídos de los años 30, que suenan en húngaro, eslovaco, polaco o checo y que se niegan a cumplir con lo pactado en sus tratados de adhesión, el derecho internacional adoptado por la UE, en este caso, el Estatuto del Refugiado de 1951. Sin duda sorprende la escasa memoria histórica de nuestros conciudadanos de la Europa Central y Oriental ¿Acaso no recuerdan Budapest 1956? ¿No recuerdan Check Point Charlie y el muro que dividió Europa?

Esta grave ausencia de sintonía entre unos Estados miembros y otros está conduciendo a una crisis aún mayor, la de las esencias sobre las que presuntamente se construyó la UE. Sin embargo, es necesario destacar que los prejuicios racistas y xenófobos no están presentes de manera exclusiva en estos países. El crecimiento de la extrema derecha contra los inmigrantes es una cuestión transversal en toda Europa. Desde el Reino Unido, a Alemania, pasando por Finlandia o Grecia han aflorado y obtenido peso fuerzas que habían estado ausentes de la arena política durante años, siendo su pionera el Frente Nacional de Le Pen. Quizás, entonces, el problema no está solo en razones de tipo orgánico de las sociedades postsocialistas, quizás el problema se sitúe en una crisis generalizada de valores en todo el entorno europeo en una situación de precariedad económica y de replanteamiento de la hoja de ruta de la Unión Europea. Una suerte de refundación europea que puede convertirse en una puerta a la esperanza para la construcción de otra Europa o, por el contrario, derivar hacia un horizonte mucho más siniestro.

¿QUÉ PUEDE HACER EUROPA?

A todas luces parece que es urgente y necesaria una pronta respuesta ante los dramáticos acontecimientos que estamos presenciando a lo largo de este año. Sin embargo, es difícil ser optimista a la luz de las últimas actuaciones desarrolladas por parte de los Estados miembros escenificando una división que queda patente en cada Consejo Europeo. Por un lado, tenemos un núcleo central de países compuesto esencialmente por los países fundadores, con el apoyo de Dinamarca e Irlanda, que muestran cierta solidaridad y continúan con su tradición de ser receptores de asilados y refugiados. Por otro, tenemos a una periferia poco comprometida con la solidaridad comunitaria en esta materia.

Y así las cosas, es Alemania, a través de una estudiada escenificación en la que muestra cómo el eje París-Berlín sigue gobernando los destinos europeos, la que plantea, ante una pusilánime Francia, la necesidad de abordar la reforma del sistema de asilo europeo y pone sobre la mesa propuestas concretas de actuación. Propuestas no desprovistas de polémica, tales como la imposición de mayores restricciones en los criterios de entrada, la apertura de centros de refugiados o el establecimiento de unos estándares mínimos comunes a los 28 sobre las condiciones en las que se reciben los refugiados. El principal problema de esta propuesta, sin duda, es la ausencia del resto de Estados miembros en la elaboración de la propuesta, y la ausencia de voluntad política para convocar un Consejo Europeo extraordinario sobre el tema.

Ante esta situación de parálisis permanente en el seno de la Unión es todavía más necesario que nunca continuar incidiendo sobre las posibles acciones que se deberían llevar a cabo para intentar si no terminar en el corto plazo, al menos frenar la sangría de vidas y dramas humanos.

En primer lugar es imprescindible una profunda reforma de la política migratoria y de asilo europea que incluya la apertura de vías legales para la presentación de peticiones de asilo en los consulados y un reparto equitativo de las cargas de refugiados, pero también la puesta en marcha de mecanismos europeos de gestión para atender las migraciones laborales, familiares, etc. Si esto no sucediera nos quedaríamos con una sensación de oportunidad perdida para avanzar en la construcción no solo de un discurso sino de una política de inmigración común consensuada por todos los socios. Frente al actual pesimismo, habría que intentar aprovechar esta crisis como oportunidad para avanzar e integrar esta política no priorizando, como hasta ahora, un intergubernamentalismo que mina de manera fehaciente la solidaridad europea.

La UE está fallando en la asistencia de ayuda humanitaria a las personas que están llegando de manera masiva a sus fronteras. De nuevo Europa fracasa tal y como sucedió con los refugiados de los Balcanes occidentales durante las guerras de Yugoslavia. Por tanto, es imprescindible dotar de más recursos las medidas orientadas a la atención de los refugiados una vez en territorio comunitario.

Se hace también imprescindible un cambio de la Política Exterior y de Seguridad Común en la que no solo esté incluido el control de fronteras sino también la acción en el origen de las causas que provocan la salida masiva de personas. Esta acción debería tener una doble naturaleza. Por un lado, agotar las vías diplomáticas, por otro, no dudar en emplear la acción directa como por ejemplo el embargo de armas y la apertura de corredores humanitarios en

las zonas en conflicto. Es decir, se trataría de poner en marcha políticas activas de conflicto y posconflicto y terminar con el cortoplacismo estratégico de la PESC.

La UE no está atravesando su mejor momento. La crisis económica que asola a las sociedades europeas, junto con otras tanto en la zona euro, en Grecia, como en su vecindad, en Ucrania, los Balcanes y el Mediterráneo, deberían hacer reflexionar a sus dirigentes acerca de qué estrategias aplicar, puesto que las que ha venido desplegando hasta ahora son claramente insuficientes. Es necesario, indispensable, que la Unión Europea tome las riendas, que reaccione, si es que quiere seguir existiendo. Tiene ante sí una doble disyuntiva. De un lado avanzar en la integración política y la mejora institucional del proceso de toma de decisiones. De otro, cerrarse en banda y apostar por invertir en más vallas, concertinas y muros, dejando de lado los valores que tradicionalmente nos han diferenciado de otros actores globales. A la luz de los datos mostrados por el último Eurobarómetro de octubre los ciudadanos europeos lo tienen más claro que sus líderes: 66% consideran que frente a la crisis de refugiados la solución ha de ser europea, 78% opina que los refugiados deben estar mejor distribuidos y el 75% está a favor de las cuotas obligatorias. Entonces, si no es la opinión pública ¿qué es lo que impide actuar a los gobiernos de los Estados miembros?

Ruth Ferrero Turrión
Prof. Ciencia Política UCM/UC3M